

COMEDIA FAMOSA.
 A LO QUE OBLIGAN LOS ZELOS.
 DE DON FERNANDO ZERATE.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Lisardo.

El Rey de Ungría.

Gilote, Labrador.

Ricardo.

Astolfo.

Octavio.

Laura, Duquesa.

Anarda, Dama.

Silvia.

JORNADA PRIMERA.

Digan dentro, habiendo habido primero ruido de caza, agua, tormenta y truenos; y luego sale el Rey de Ungría.

Dent **R** Ecojante los monteros,
 porque el cielo ha desatado
 un abisino de desdichas
 sobre un diluvio de rayos.

Rey. Valgame el cielo! qué horrible
 del alquilon parda nube,
 preñado cristal aborta
 desde los vidrios azules!

Ola, monteros: en vano
 llamo mi gente, si tuve
 por pared esta montaña,
 que hasta el mismo imperio sube.

La obscura noche se cierra,
 todo en horror se confunde,
 no habiendo poro celeste,
 que con el temor no fude.

Con la violencia del cierzo
 piedra à piedra se sacuden
 los copetes de los montes,
 porque nadie los murmure.

Hoy fatigada la tierra
 à paradisíno atribuye
 tanto golfo de cristal,
 como à sus hombros acude.

El corazon de los polos,
 yerto y desquiciado el fuste

de su valor, cubrió el ceño,
 porque nada en él no pulse.
 Los relampagos y truenos,
 tan tremendamente cruxen,
 que se miraron los astros
 à la luz de su vislumbre.

Toda la tierra oprimida
 tremendamente discurre;
 intercadencias padece
 todo el terrestre volumen.

El sobrecejo del cielo
 tanto en horror se confunde,
 que teme el sol que le quede
 el capote por costumbre.

Todo es mar quanto navego,
 en vano el alma presume,
 que mi gente me focorra;
 estos penascos aluden

mayor fortuna à mis quejas
 con su altiva pesadumbre.
 Llore Ungría de su Rey

el nombre, que tanto lustre
 dió à las armas y à las letras.
 Si los cielos no me acuden,

urna será esta montaña,
 porque monumento culpe

A lo que obligan los zelos.

un Rey de dos elementos,
que por uno se reduce.

Sale Ricardo.

Ric. Con la tormenta sin duda
se perdió el Rey, que descubre
mas presagio su rigor.

Rey. Quien va? *Ric.* Ricardo que huye
de vivir, viendo tu ausencia,
gran señor, desde esa cumbre
dexé la gente, que ciega
de la tormenta, presume
ser Babel de confusiones,
y en tu busca vengo. *Rey.* Tuve
suerte en hallarte: la noche,
del espantoso betumen
sembrada, pide remedio.

Ric. Sigüeme, señor. *Rey.* Presume
el cielo acabar la tierra.

Dent. Al monte, al monte.

Ric. Allá acuden

los monteros. *Rey.* Ya los ecos
nos podrán servir de lumbre.

Textando las paredes se van, y sale Laura de Serrana en traje bizarro.

Laur. A todo lo criado,
por orden milagrosa
favorecen los cielos cada día,
no hay valle, monte ò prado
à quien el alva hermosa,
no dé el humor con que alienta y cria;
cubre la noche fría
con tinieblas la tierra,
mas dura aqueste enojo
hasta que el rayo roxo
corona con su luz el monte y sierra:
todo tiene alegría,
y nunca la ha gozado el alma mia.
Marchita coronado,
y de fuego vestido
el sol, toda la tierra mas amena,
y del alto collado,
al feto mas lucido,
à perpetuo destierro le condena;
sobreviene à esta pena

la niebla rigurosa,
que le sirve de plata;
pero à su pena ingrata
la primavera viene generosa,
y nuevo sér le cria:
y nunca le ha gozado el alma mia.

En carceles de yelo
arroyo detenido
se queja del rigor del tiempo aleve,
y sin la luz del cielo
el paxaro en su nido
abismo toca, y las plumas mueve;
mas quando mayor, bebe
el cristal desatado
de la prision se suelta,
y el paxaro en su puerta
avisa al sol, de luces coronado:
todo tiene alegría,
y nunca la ha gozado el alma mia.

Sale el Rey.

Rey. Con el horror de la noche
sin duda Ricardo ha sido
fabula de su desprecio
en los brazos de su abismo.
La obscuridad fue de suerte,
que entre xarcias y lentiscos
sin duda en los quatro vientos
se acogieron vengativos.
Cada rama es un volcan
con la exhalacion, yo piso
inhabitables forestas,
y confusos laberintos.

Laur. Ruido siento, es Lusidoro?
eres tu Tiran ò Silvio?

Rey. No soy Silvio, ni Tiran,
un hombre soy, que perdido
con la noche à socorrerme.

Laur. La voz he desconocido,
mas presto fabré quien es. *Vase.*

Rey. Digo pues, pastor amigo,
que perdido en ese monte
busco amparo, busco abrigo
en tu voz, si alguna choza
ò cabaña.

De Don Francisco de Zerate.

Sale Laura con unas teas encendidas.

Laur. Quien va digo?

Rey. Cielos, qué es esto que veo!

sin duda que el paraíso
es esta casa, pues tiene
un querubin tan divino?
divina muger, quien eres?

que con ese farol vivo,
arco de paz, à la noche
tremula del paraíso
le facaste, pues al ver
ese luminado giro,
en si misma enmarañada,
no ha parado hasta el abismo,
debanandose ella propia
en los lazos de su olvido.

Quien, dime, aqui te acompaña?
que hecha arminio del empireo,

tan otro quedó de verte
mi ya confuso sentido,
que duda si en esa mano,
de todo el cielo prodigio,
se recopilan las luces

de ese campo cristalino,
ò si eres angel de paz,
que sobre el celeste nicho
una columna de fuego

te ha dado el autor divino,
para que alumbres los astros,
hecho antorcha de los siglos.

Quien eres, digo otra vez?

que garza destos olimpos
tan de improviso volaste,
y baxaste de improviso,
que entendí que era del cielo

el mayor Rey de los giros;
pues al sacudir la luz,

rayo à rayo, y viso à viso,
la luz se bebió la sombra,

y quedó el orbe vestido
de vidrieras celestes

por amago de sus visos?

Laur. Caballero, que en la caza
sin duda os habeis perdido,

fortuna propia de nobles,
y venturoso exercicio,
si tormenta habeis pasado
en esos valles y riscos,
fosedad, que ya los cielos,
benevolos y divinos,

van descubriendo la cara,
dandonos la luna aviso;

que es señora de las aguas,
à la piedad se ha rendido:

esta casa, que asentada
yace en aqueste obelisco,

tan vecina de la aurora,
que es carroza del sol niño.

Esta arracada del ayre,
que à vayvenes la ha subido

el viento para atalaya
de los polos cristalinos.

Esta, que de escolta tiene
siete bocas, como el Nilo,

cuyos raudales soberbios
le van sirviendo de tiros.

Esta en fin nave, que bate
todo el campo desafido

acerico del aurora,
y corazon de los signos,

es casa de un caballero,
cuyo valor ha rendido,

como à las canas el tiempo
de la lisonja del siglo,

ganadero destos valles
es, y de espejo le sirvo,

que aunque su sangre no soy,
el amor suyo ha podido

suplir esta falta, siendo
à mi afecto tan rendido,

que en ochenta años de edad,
y en quinze que con él vivo,

soy señora destos montes,
y reyna destos olimpos;

mas pues la pesada noche
con la niebla, el agua y frio

ha sido causa, señor,
de haber errado el camino,

A lo que obligan los zelos.

entrad, que en ella hallareis
lo que un noble ha concedido
à un hidalgo caballero,
porque tiene por oficio
la nobleza focorrer,
en todo tiempo, à quien quiso
ampararse y focorrerse
del rigor del tiempo mismo.

Rey. Qué habitais en estos montes ?

Laur. Por su dueño me han tenido.

Rey. Habeis estado en la Corte ?

Laur. Jamas su norte he seguido.

Rey. Como el amor agraviais ?

Laur. Hizome yelo este risco.

Rey. Yelo sois que habita en fuego.

Laur. Mirad que venís perdido.

Rey. Ya lo estoy en vuestros ojos.

Laur. Qué presto os habeis rendido!

Rey. Tienen la fuerza del rayo.

Laur. Sois cortesano, y permito
que luzga en vos la lisonja.

Rey. No es lisonja noble estillo.

Laur. Mirad que venís cansado.

Rey. Dichoso el cansancio ha sido.

Laur. Reparad vuestra persona.

Rey. Volvió el tiempo el rostro esquivo,
no temo ya la mudanza.

Laur. Mucha confianza ha sido.

Rey. Tengola de su rigor,
pero de amor desconfio:
vuestro nombre ? *Laur.* Laura.

Rey. Laura
diré que laurel ha sido.

Laur. Y quien sois vos en la Corte ?

Rey. Un caballero, que sirvo
al Rey de su Secretario.

Laur. Entrad pues. *Rey.* Yo soy perdido.

Vanse, y salen Lisardo y Gilote.

Lis. Qué estés de tan mal humor,
que no te quieras llegar,
Gilote, al primer lugar
para llamar un Dotor;
hase de morir Fileno,
desta suerte, estás en ti?

Gil. Mira, yo me curo à mi,
curate tu con Galeno,
y dexa el enfermo estar,
que si voy por el Dotor
será lo mismo, señor,
que irle à llevar à enterrar.

Lis. Si la fiebre es tan ardiente,
que pide apriesa remedio,
¿ se ha de hacer? *Gil.* Dar un medio.

Lis. No le darás? *Gil.* Excelente:
haz cuenta que entra el Dotor,
y dice: el pulso; ha bebido?
no, señor, frio ha tenido?
dice el enfermo, mayor
que el de à noche; yo lo creo:
la orina; encendida está,
sangrenle luego, y será
de provecho à lo que veo:
escarolas à las dos,
xarabe por la mañana,
y una purga muy liviana,
y sus ventosas: y à Dios.
Esto ha de decir, y así
si se ha de morir con él,
mejor es que esté sin él,
y cree aquesto de mi:
mira si el mejor Dotor
de lo ordinario saliera,
con notable gusto fuera
yo à traerse, señor;
mas si en ellos es verdad
esta receta sabida,
poner à riesgo la vida,
y el dinero, es necedad.

Lis. En fin, qué quieres que muera ?

Gil. Mas presto se morirá,
si viene el Dotor acá.

Lis. Eso, Gilote, es quimera.

Gil. Sus errores disimula,
el será buen ejercicio,
mas yo reniego de oficio,
que solo estriba en la mula,
y pues dellas has hablado,
y yo sus letras condeno

De Don Fernando de Zerate.

por consejo de Fileno,
escucha un cuento extremado:

Curaba en un hospital
un medico, y à un enfermo,
antes que entrase à mirarle,
dió el parasismo postrero,
y quedóse à buenas noches;
entró el Doctor, y fue luego
diciendo: dénele à este pasas;
este salga, que está bueno;
este le purguen al punto;
à este le unten el pecho
con zacarias; y aqueste
beba frio; por el fuego
este no coma cocido,
sino asado; este sediento
está hidropico, no beba:
llegó donde estaba el muerto,
y tomando el pulso dixo,
sangren à este hombre al momento;
y el enfermero le dixo,
este ya murió, y es yerro
decir, señor, que le sangren;
y él le respondió, pues en esto
hay perdido alguna cosa?
enterrarle si está muerto:

Anarda viene. *Lif.* El autora
pudieras decir mejor.

Gil. Voy à llamar el Doctor,
no se enoje mi señora.

Vase.

Sale Anar. Lisardo?

Lif. Tarde mañana,
señora, venis à dar
vida. *Anar.* De lisonjear
dexad, que es accion villana
en un noble; yo he venido,
Lisardo, à verme con vos
à solas: gobierne Dios
mi ya confuso sentido.

Lif. Vos, señora, disgustada?

Anar. Con vos lo estoy de manera,
que quando el alma quisiera
disfimilar su embaxada,
la pena que nunca ignora

lo fuerte de su passion,
diera fin à la razon.

Lif. La causa aguardo, señora,
que mi pecho noble siente
siempre firmeza y verdad
de la fe de su lealtad.

Anar. Escuchame atentamente.

Siendo mi padre, que la luz divina
goza del cielo, Capitan valiente,
contra el Africa en toda Palestina,
sujeto à los Monarcas del oriente,
rebelase à la falda cristalina
del Danubio una villa inobediente
à la corona real; y al saquealla,
entre la fiera y desigual batalla
os truxo à vos, Lisardo, tan pequeño,
que tres años el cielo os dió de vida,
haciendo deste robo tanto empeño
toda mi casa, que por joya unida
al corazon de todos, fuistes dueño
del alma toda, pues con ella asida,
à la esperanza la niñez miraba
el centro superior que la animaba.
Con la edad, la crianza, y el respeto
debido à mi valor tanto me amasteis,
que dudaba mi amor por vos discreto
si à la gentilidad os arrimasteis,
porque tanta igualdad en un sugeto,
sin duda que vos mismo lo ignorasteis;
pues yo misma à mi misma la oponia,
quando miraba en vos el alma mia:
igual en años, como en pensamiento,
fui, Lisardo, con vos, mas quiso el cielo
en lo lucido de mi altivo intento,
que al alma le faltase este consuelo.
Murió mi padre al fin, y el testamento
ordena, qué rigor! qué desconuelo!
que despues de su muerte dé la mano
à Ludovico Astol, mi primo hermano.
Aqueste inconveniente el alma mia
desbarató, pues del amor llevada,
que à vos, Lisardo, el corazon tenia,
hizo faltar à la palabra dada;
mostré à mi primo en quanto le escribi
bia,

que

A lo que obligan los zelos.

que antes le aborrecia, que estimaba,
q̄ amor quando desprecia sin respeto,
dice verdades al mayor fugeto:

Desistió deste intento Ludovico,
que hombre discreto, y de valor no
quiere co,
contra gustos de amor el bien mas ri-
quando el desden en todo le prefieres;
pero vos como ingrato, à quien aplico
la ingratitud, por Flor de Lis se muere,
borrando entre los dos tantos amores
al paso de mis ansias y favores,
soberbio y atrevido à mis deseos,
y no constante à mi amor, falso à
mis quejas,

con favores y nuevos galanteos
en el castillo idolatras las rejas,
singis conmigo barbaros trofeos,
mis penas y desdichas son parejas,
que pasan por el viento de carrera,
que solo le miraron por defuera.
Lisardo hablemos claro, vos venisteis
à este castillo pobre y sin nobleza,
que si vos la heredastes, y tuvistes,
oculta la guardó naturaleza:
solo ventura al alma le truxistes,
ella por sí se truxo la grandeza;
pero tanta soberbia habeis tomado,
que descubris la fe que os ha faltado.
Muger soy tan zelosa y atrevida,
q̄ à Flor de Lis, y à vos en un instante
à mi propio aliento quitará la vida,
aunq̄no y otro se anteponga amante,
ya está arrebatada el alma, q̄ atrevida
escollo ha sido; à prueba de diamante
mirad por vos, q̄ una muger con zelos
asombro fue del mundo y de los cielos.

Vase, y sale Gilote

Gil. Mosca lleva. *Lis.* Qué desdicha!

Gil. Iba à llamar al Dotor,
y heléme viendo à mi ama.

Lis. Qué desgraciado que soy!

Gil. Tu tienes desto la culpa.

Lis. Dime, en qué la tengo yo?

Gil. En que has querido cumplir
de fino galan, con dos,
à una estimas, y à otra adoras,
mas bien haces, porque hoy
es necedad otra cosa.

Lis. Nunca, Gilote, adoró
el corazon mas que à una,
porque Flor de Lis llegó
solo hasta la corteza.

Gil. Eres muy cortés por Dios,
pero Anarda te quisiera
villano en esta ocasion.

Lis. Mal me ha tratado.

Gil. Temblando
estuve allá fuera yo,
porque entendí que jugaba
de manos. *Lis.* Nunca llegó
noble muger à las manos.

Gil. No es regla cierta, señor,
que hay zelos que no reparan
en esto del pundonor,
y mas quando se ven solos:
muger hay que à un bofetón
quita los dientes à un hombre.

Lis. Qué haré, Gilote?

Gil. En rigor,
retirarte es un desprecio
notable, y falta de amor;
escribilla, desatino;
rogalla, mucho peor:
porque hay muger, que rogada
se pone como un Nerón.
Dalle zelos, gran locura,
que puede burlarse amor,
y ahorcarse esta muger,
que aunque esto no sucedió;
puede suceder ahora,
que lo paguemos los dos,
que será lo verdadero.

Lis. Pues qué haré? *Gil.* Irte, señor.

A tu quarto te retira,
finge que no ves el sol
de pena, dar al suspiro
la mayor contemplación,

y en todo caso pañuelo
à los ojos, que es amor
niño siempre, y tu verás,
que sin ruego, ni favor
te viene à buscar Anarda.
Lis. Di, Gilote, y podré yo
verla en tanto disgustada?
Gil. Tu sabes poco de amor,
ella ha de sentir lo mismo
solo con esta invencion.
Lis. Y si me escribe? *Gil.* Si escribe,
respondella en un renglon.
Lis. Y qué dirá? *Gil.* Solo diga,
respondaos el corazon,
que está turbada la vista
de lo mucho que lloró,
y por mi cuenta si al punto
no te viniere à ver hoy.
Lis. Alto, tomo tu consejo,
voy à encerrarme; mas doy,
que pase sin vella un dia,
si ella se pasare dos,
qué he de hacer? *Gil.* Yo no lo dudo;
pero el estilo de amor
es tres, en pasando dellos
se pasarán, vive Dios,
diez siglos, que una muger
no sufre, si tiene amor,
tres instantes. *Lis.* Dices bien.
Gil. Soy maestro. *Lis.* Tu licion
me dió la vida. *Gil.* Advierte,
que soy de amantes Dotor. *Vanse.*
Salen el Rey y Octavio, viejo labrador.
Rey. Importa el silencio, Octavio.
Oct. Solo à vuestra Magestad
descubriera mi lealtad
este secreto. *Rey.* Es agravio
de mi corona real
no amparar este suceso.
Oct. Que he estado loco os confieso
con muger tan principal.
Rey. La Duquesa de Belflor
es esta, qué escucho, cielos!
ciertos fueron mis rezelos.

Oct. Esto que digo, señor,
es cierto, de tantos daños
la causa señor sabrás.
Rey. No digas, Octavio, mas;
ya sé de amor los engaños,
bien sé que su padre quiso
casalla con Florarberto,
y que una noche Roberto,
que fue su amante, deshizo
con su muerte este concierto,
porque quando à vella entró,
otro en su lugar halló,
que embozado y encubierto
tomó su nombre engañado.
La Duquesa con el nombre
no se supo deste hombre,
porque Roberto extrañando
esta novedad, sacó
la espada, siempre temida
del Africa, mas su vida
en esta ocasion perdió;
porque el hombre rebozado,
que fue sin duda algun hombre
de valor, dexó su nombre
en bronce eterno fixado,
dandole la muerte. *Oct.* Bien
la historia de todo sabes.
Rey. Y como si la sé, graves
sucesos hubo, porque quien
à la Duquesa llevó,
porque saltó el mismo dia.
Oct. Vinose, señor, de Ungria,
aquí à mi casa llegó
con una carta de Alberto,
pariente y amigo mio,
de quien mis sucesos sio,
tuvo en mi figura puerto,
pues quince años ha vivido,
señor, en mi compañía;
pero la delgracia mia
tanto arruinar me ha podido,
que un Infante, que fue el fruto
de su engaño, le robó,
quando el lugar te negó

A lo que obligan los zelos.

de Xidia el feudo y tributo,
Eduardo, Capitan
de tus famosas banderas,
las naciones extrangeras
sin duda gozado han
del niño, que de tres años
pasó por tanta fortuna,
pues tuvo desde la cuna
tantos males, tantos daños.

Rey. Qué la Duquesa quedó
preñada de aquel suceso?

Oct. Esto pasó, y te confieso,
que la vida me faltó
con la ausencia del Infante.
De qué lloras, gran señor?

Rey. Hame causado dolor
desgracia tan semejante.

A la fortuna pues da,
quando comienza à caer,
las muestras de su poder;
mas la Duquesa tendrá
amparo en mi, yo sé bien
de su mal el agresor,
y sé que tiene valor,
y le merece tan bien

como Roberto, y así
yo tomo à mi cuenta, Octavio,
el remediarte este agravio,
pues fuí quien le cometí. *ap.*
Ella viene, no le digas,
Octavio, que soy el Rey.

Oct. Es tu mandamiento ley.

Rey. En todo, Octavio, me obligas.

Vase Octavio.

O es ilusion, ò engaño del sentido,
ò presuncion nacida del deseo
lo que hoy he visto, pues dudoso creo
lo mismo que el amor le ha concedido.

Aquí Isabela, cielos, quando he sido
fabula de su honor! qué es lo que veo?
sin duda concedió mayor trofeo
el cielo al corazon por el oido.

Mil siglos ha que busco su belleza,
centinela del mundo vigilante,

para adornar con lauro su cabeza.

Exemplo foy de amor, pues soy
amante,

que por pagarme à mi la gentileza,
burlé del sol el curso vigilante.

Sale Laura.

Laur. Estais, señor, de partida?

Rey. Y solo aguardo por Dios
à despedirme de vos:

hoy debo al amor la vida, *ap.*

coronará su cabeza

todo el laurel imperial.

Laur. No ha sido el regalo tal,
que iguale à vuestra nobleza;
pero recibid, señor,
de Octavio la voluntad.

Rey. La vuestra tal magestad
ha mostrado en el favor,
que hoy llevo de aquí, que puedo
decir que os debo la vida,
con la merced recibida,
y tan obligado quedo,
que puede ser que algun dia
conozca Laura, que he sido
con extremo agradecido:
disimule el alma mia. *ap.*

Laur. De una villana, señor,
aunque mucho el amor sea,
no puede, aunque lo desea,
satisfacer al favor.

Rey. Villana Laura? yo sé
que tiene vuestra belleza
en esa ruda corteza
encubierta calidad.

Laur. Como, señor, encubierta?

Rey. No habeis visto nave errante,
que fatigadas las velas,
sobre golfos de cristal
la lleva el viento à las peñas;
y entre escollos y vagios
ca diez mil atomos vuelta,
arroja al mar los diamantes,
los rubies, y las perlas,
las sedas, y todo quanto

el interes truxo en ella,
y que si acaso la nave,
por influencia de estrellas,
toca de apartados climas,
las naciones extrangeras,
cuyo trato mas se hizo
para habitar en las selvas,
como brutos con los brutos,
y quando ven en la arena
los tesoros esparcidos,
los hijos de las estrellas,
que son los diamantes, nunca
ni los miran, ni se llegan
à recoger, como cosa
que no lo alcanza la idea:
Pues así, Laura, la nave
de vuestra fortuna fiero
os arrojó por esquivar
à estos montes, cuyas peñas
apetecen lo que es suyo,
pues con ello se alimentan;
mas yo que conozco, Laura,
por el velo que sustenta,
el engaño en vuestra luz,
la firme naturaleza,
que os dió el cielo, reconozco,
que sois parto de una estrella,
amago de luz que sale
sobre la abrasada esfera,
porque el eclips destos montes,
la nave de aquestas sierras,
la sombra destos peñascos,
y destos bosques las nieblas,
aunque cubren vuestra luz,
ni la dañan, ni la alteran,
porque quando mas obscuras
tapan al sol nubes densas,
nunca falta por un lado
una ventana secreta
por donde salen los rayos,
con que la tierra se alegra.

Laur. Vuestra mucha cortesia
os podrá dar la respuesta,
no mi rustico language,

hijo, señor, destas sierras;
mas si no me engaño, gente
viene en vuestra busca. *Rey.* Sea
mi cordura tanta aquí,
que iguale con su belleza;
Ricardo es este sin duda, *ap.*
y si me ve, es cosa cierta
que sabrá Laura quien soy,
que aunque el alma lo desea,
no es tiempo: à Dios, bella Laura!

Laur. El os guarde. *Rey.* Será fuerza
que conozcáis algún dia
mi amor. *Laur.* Ya vuestra nobleza
se ha visto en la cortesia
que habeis mostrado.

Rey. La excelsa
Magestad de los dos mundos
merece vuestra belleza.

Laur. Mirad, señor, que sin duda
os aguarda en la ribera
vuestra gente, y no os ha visto.

Rey. Ya por dichas lo sospecha:
loco voy.

Laur. Sin duda alguna *ap.*
es hombre de grandes prendas:
quereis que los llame? *Rey.* No,
porque sin duda me esperan.

Laur. Pues qué aguardais?

Rey. Solo aguardo
à que vos me deis licencia.

Laur. Yo señor? *Rey.* Sí Laura hermosa.

Laur. Con firme os doy la respuesta. *Vase.*

Rey. Mucho debo à mi valor,
mas la Magestad suprema
à mayor contento aspira;
ay, Laura, lo que me cuestas
de lagrimas y suspiros!
mas yo haré que el mundo sepa
quien soy, coronando, Laura,
con el laurel tu cabeza.

Vase, y salen Lisardo y Gilote.

Lis. Cuéntame el suceso todo,
que si aquí el juicio no pierdo,
no le perderé en mi vida.

Gil. Tu perder el juicio? bueno,
como puedes tu perder
lo que no tienes? *Lis.* Qué necio
fue tu consejo! prosigue.

Gil. Fuí con tu papel al quacto
de Anarda, alegre y contento
de entender, que en ella hallára
debido agradecimiento;
al llamar, Silvia me dixo:
quien llama? yo dixé, vengo
à ver à señora: vaya,
y vuelvase, dixo, el necio,
que está mi señora ahora
con disgusto; y yo grosero
repliqué, avísala, Silvia,
mira que estoy al sereno,
porque yo sé que la traigo
la nueva de su deseo.
Abrió Silvia, nunca abriera,
entré, señor, allá dentro,
y en la mexilla la mano
miré à Anarda, oye un bosquejo,
que por Dios que la pintura,
aunque no le agrada al tiempo,
ha de entrar, que no ha de ser
todos casos, que los versos
hijos del pincel han sido,
y quando brinda el concepto,
haga la pluma su oficio,
y mas que murmurar el necio:
Anarda durmiendo estaba,
si bien el enojo mesmo
dexó sembrado su rostro,
no de perlas, porque el viento
envidioso deste bien
las fue batiendo al pañuelo;
y así el nevado cristal,
hijo de sus dos luceros,
forzado, y no temeroso,
obedeció su elemento:
como el corazon estaba
ofendido, los efectos
del disgusto le sacaban
sobre la plaza del cielo

de su cara, y afligido
tal vez, galan y discreto,
apelaba hácia el suspiro,
y de quando en quando haciendo
lugar en el pecho mismo,
con la idioma del silencio
alargaba los suspiros,
como si fueran contentos,
y descansaban las alas
sobre su mismo desprecio:
como aquel pequeño gozo
era fingido trofeo,
daba señal del descanso
à los ojos, advirtiendo,
que como los bellos arcos
eran delicados velos,
el rocío halló cerrado
el pasadizo, y violento
hizo levantar los arcos,
y en breve tiempo salieron
los disgustos rebozados
con la capa de los zelos.
Recordó, porque no duerme
amor, que siente desprecio;
divisóme, y por Dios vivo,
que miré con tanto extremo
su belleza disgustada,
que con el temor y miedo
tenté la puerta turbado,
atonito, loco y ciego,
diciendo entre mi: no soy
Adán, y hoy es caso cierto,
que fue Anarda el querubin,
y aun mas que el otro, pues vemos
que el Angel llegó à la puerta
con una espada de fuego,
y Anarda no me dexó
de apolento en apolento,
hasta que baxé rodando
al portal; pero los ecos
callo, de alcaguete abaxo,
y aun arriba fue lo menos;
pero yo me consolaba
con que tu entrabas en ellos.

Salí à la calle, mas ella
se puso al balcon primero,
diciendo que me mataben,
y del castillo salieron
pienso que seis mil villanos,
ò cinco mil por lo menos,
cada qual con una éstaca
del carro, arrojéme al viento,
mas uno dellos jugó
à la barra, sin ser yerro,
y deslomóme los brazos;
esto es, señor, sin rodeos,
el pago de mis servicios,
y el premio de tus requiebros.
Lis. Qué rigor! *Gil.* Fue para mi.
Lis. Qué habemos de hacer?
Gil. Remedio
no me pidas en tu vida,
que salen mal mis consejos;
haz allá lo que quisieres.
Lis. Vivir con tanto desprecio,
sufrir zelos tan pesados,
pasar por casos tan necios
no es de nobles, vive Dios,
y aunque por Anarda muero,
tengo de ausentarme al punto.
Gil. Mira, no te doy consejo,
mas, vive Dios, que haces mal,
fino matalla à desprecios
de ausencias. *Lis.* Alto, à la Corte.
Gil. Qué dices? *Lis.* Que luego
de secreto nos partamos.
Gil. Será con tanto secreto,
que lo ignoremos los dos:
mas digo tienes dinero?
Lis. Poco tengo, mas qué importa?
Gil. No importa? *Lis.* No, majadero,
saca el rocin, y partamos.
Gil. El rocin solo? *Lis.* No entiendo
que hay mas caballos en casa.
Gil. Mira, yo à pie te prometo,
que lo he llevado tau mal
toda mi vida, que entiendo,
que no has de andar una legua,

quando me vuelva al momento.
Lis. Yo sufrir tantos agravios?
yo llevar tan necios zelos?
Gil. Oyes, tomaré el rocin
de Ludovico ò Fileno?
Lis. Esto ha de ser, vive Dios.
Gil. Eres sordo? *Lis.* Calla, necio.
Gil. No escuchas? he de ir à pie?
Lis. Claro está. *Gil.* Pues oye un cuento.
Cierta mozo del camino
en el rigor del invierno
en su mula de alquiler
llevaba por cierto precio
un Teatino à su lugar,
sucedió, que con el yelo
al mozo le dió un dolor
tan excesivo, y tan recio,
que no pudo andar el triste;
pero el Padre compañero
decia, andando se quita,
cobre calor, que con esto
no tendrá dolor ninguno:
Padre, vaya con sosiego,
el mozo le replicaba,
mas él alargando el freno
picaba quanto podia,
menudando y diciendo,
andando se quita, acabe;
pero volviendose el tiempo,
apegóse el Teatino,
mas por fuerza, que deseo.
Llegóse el mozo à la mula,
subió en ella, y picó luego
al animal, pues volaba;
pero el Padre desde lejos
dixo, detengáse, hermano,
y el mozo replicó recio,
andando se quita, Padre,
camíne, porque con eso
se le aliviará el dolor,
y así fue, porque hasta el pueblo,
como cosa de tres leguas,
fue entre la nieve y el yelo,
quitandosele la gana

A lo que obligan los zelos.

de caminar; con aquesto,
vive Dios, si picas mucho,
que he de executar lo mesmo
que el mozo de mulas yo,
porque hay algunos tan necios,
que piensan que el que va à pie,
ò es de bronce, ò es de hierro.
Lif. Has acabado? *Gil.* Al camino
para que yo acabe apelo.

Lif. Siempre me has de replicar?

Gil. Soy criado. *Lif.* Con secreto,
Gilote, à la Corte vamos.

Gil. Volverémos en secreto?

Lif. Como? *Gil.* No volviendo acá,
que será mayor silencio.

Lif. Ay Anarda! loco voy.

Gil. Ay pies! que vais por el suelo.

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Rey, y Ricardo.

Rey. Esto à mi Estado conviene,
irás, Ricardo discreto,
y con debido secreto,
pues tu valor le previene,
traerás de casa de Octavio
à la Duquesa. *Ric.* Señor,
es desdeñer el valor
del imperio, y es agravio
de tu corona real
precipitar el deseo,

que aunque tu designio veo,
llevará el imperio mal,
que sin conocer, señor,
la Duquesa, mi señora,
venga à ser su Reyna ahora.

Rey. Ricardo, yo tengo amor,
y en Sicilia, como sabes,
gocé tan alta deidad,
no quiso mi Magestad
asentir con los mas graves
Consejos del Reyno, siendo
de contrario parecer
en casarme, por mover

à los cielos; pues creyendo
que guardaban à Isabela
la dió el alma por esposa,
y esta esperanza dichosa,
adonde amor se desvela,
veo cumplida: y asi,
pues en ti mi amor alcanza
el todo de mi esperanza,
parte luego desde aqui,
y tu, y Astolfo, tu hermano,
tan buena nueva dareis
à la Duquesa, y direis,
que solo aguardo su mano
para dar à conocer
al Reyno su cauidad
con debida Magestad,
pues hoy la tiene el poder:
Nadie sepa este cuidado
hasta que en la Corte esté,
que entonces yo le daré
cuenta al Consejo de Estado:

Esto à tu cargo lo dexo. *Vase.*

Ric. No tengo que replicar,
que obedecer y callar
al Rey fue siempre consejo
para el valido mejor
que la razon, ni la ley,
porque dan disgusto al Rey,
y es privarse de traidor.

Sale Astolfo.

Asf. Como con el Rey hablabas,
hermano, no quise entrar;
qué hay de nuevo? *Ric.* No hay lugar
de hacerse lo que intentabas
con la Duquesa, el Rey quiere
casarse. *Asf.* Sin duda alguna
será el fin de su fortuna,
y tu privanza. *Ric.* Espera
de tu consejo mi amor
el fin de aqueste suceso.

Asf. Que lo he mirado confieso,
como se debe à tu honor,
tres dificultades son
las que se me ofrecen. *Ric.* Di.

Asf.

Ast. Si se casa el Rey así
ha de apartar tu afición,
y mas si la Reyna lleva
mal, que suele suceder,
de tu privanza el poder,
gran presagio de la rueda
de el valido, que ha baxado
con aqueste inconveniente
tan presto, que fue aparente
el gobierno de su estado.
Sofegando mi sobrina,
y tu hija, quedará
sin ser Reyna, que será
de nuestra casa ruina:
que si intentaba casalla
con el Rey, será muy bueno,
que le sirva de veneno
el que señor te avasalla.
Lo tercero, puede ser,
y será cierto, señor,
que el Rey con el nuevo amor
te quite todo el poder,
porque la Duquesa tiene
en Sicilia hermanos, y ella
si tu privanza atropella,
como el daño lo previene,
derribará tu poder,
y la opinion que ganaste,
y aunque por ti la heredaste,
el perderla por muger
será baxeza, nacida
de nuestro poco valor,
porque no usar del rigor
es infamia conocida
en tales casos, y así,
lo primero y principal
es remediar este mal.

Ric. Pareceme bien à mi:
mas à lo que mas importe
del caso vamos, que el Rey
me puso ahora por ley
que la truxese à la Corte.
Qué haremos? *Ast.* Quando à la vida
tanto importa, y al honor,

querer usar del rigor
es privarse de homicida:
Dar la muerte à esta muger
con silencio y con secreto
es consejo muy discreto,
que si se ha de revolver
el mundo con su presencia,
mejor será que su vida
quede à la muerte rendida;
porque haciendo della ausencia,
y dando la muerte à Octavio,
que ocasion no faltará,
todo se remediará,
y tendrá fin este agravio.
El Rey casará, señor,
con mi sobrina, y será
quien el Reyno mandará
sin emulo, ò superior,
que con decir que no hallamos
en el monte esa muger,
sabrà el Rey que pudo ser
engaño, y que deseamos
su aumento en no obedecer
el orden que nos mandó.
Esto te aconsejo yo,
haz gala aqui del poder,
porque en mi consejo fundo
el fin de tu buena suerte,
si à Isabela das la muerte,
serás aprecio del mundo.
Ric. Quanto has dicho es la verdad,
muera la causa, Roberto,
y tenga seguro puerto
mi privanza y magestad
en el rigor, que la ley
de mi grandeza me obliga
el que se muestre enemiga
el alma al gusto del Rey.
Vamos los dos con secreto
à executar este agravio,
y no hemos de hablar de Octavio;
porque es leal y discreto.
Ella al campo ha de salir,
y así podrá nuestro intento,
que

A lo que obligan los zelos.

que sea su monumento
el valle, porque oprimir
la vida de Octavio, fuera
este suceso decir
al mundo, y aun descubrir,
que la causa verdadera
fuimos los dos deste agravio.

Asl. Dices bien. *Ric.* Casos tan graves,
en pasando de dos llaves
es locura, dexa à Octavio,
que no faltará lugar
para quitarle la vida,
vamos à ser homicida
de quien nos quiere agraviar;
que aunque sé con evidencia
que está inocente, en rigor,
quien quiere fama y valor
atropella à la inocencia.

Vanse, y salen Anarda y Silvia.

Anar. Pues como no me avisabas,
si le viste de partida?
hoy he de perder la vida.

Silv. Yo entendí que no gustabas
de verle, viendo el disgusto
que tu, señora, tenias,
y entendí que tu tendrías
de que se partiese gusto.

Anar. Como gusto, Silvia mia,
si à Lisardo tengo amor?

Silv. Sí, mas tanto disfavor
helar el fuego podia;
estuviste sin hablarle
tres dias, y sin querer
que aun él te viniese à ver,
lindo modo de buscarle
en su partida; y así
Lisardo desesperado
se fue, dexando el cuidado
pendiente, señora, en ti.

Anar. Hablaste le tu? *Silv.* Sí hablé,
y aun iba el pobre llorando.

Ana. Llorando? *Silv.* Sí, porque quando
en un amante se ve
amor verdadero, fiente

con este afecto el rigor.

Anar. Como quedará mi amor,
Silvia, en la ocasion presente?

Silv. En un rocín se partió,
y pienso que sin dinero.

Anar. Ay Silvia, seguirle quiero
yo misma. *Silv.* Qué dices? *Anar.* Yo
à la Corte he de llegar,
aprestese mi partida,
que en ella estriba mi vida.

Silv. Lindo modo de olvidar.

Anar. Olvidar, quien tanto adora,
como es posible? quisiera
andar, Silvia, de manera
que le alcanzase al aurora.

Silv. No podrás. *Anar.* Deme el amor
sus alas y ligereza.

Silv. Mira tu honor y nobleza.

Anar. Silvia, mi mayor honor
es ir à ver à Lisardo,
que es mi esposo, y lo ha de ser.

Silv. Bien merece tal muger
Lisardo, que es muy gallardo,
tan ayroso, y tan galan,
tan bien quisto, y tan discreto,
que de Principe perfeto
nombre en el valle le dan.

Anar. Dime, Silvia, por tu vida,
qué, iba llorando? *Silv.* Y de suerte,
que puedes temer su muerte.

Anar. Ay Silvia, yo soy perdida,
nunca Flor de Lis viniera
al castillo, alto à partir,
para que pueda vivir
el alma en su misma esfera:
y dime, sabes de cierto
que dinero no llevaba?

Silv. Gilote lo mormuraba.

Anar. Jesus, y qué desacierto!
y tu que lo consentias,
sin venirmelo à avisar?

Silv. No quisieron aguardar.

Anar. Lloren pues las ansias mías.

Silv. No te aflijas, que à la Corte
ma-

mañana podrás llegar,
donde le podrás hablar.

Anar. Si no ha buscado à otro norte.

Silv. Tan presto habia de hallar
dama de su gusto? *Anar.* Sí,
que en la Corte siempre ví,
que sin llegar hay lugar
los hombres de enamorarse.

Silv. Consolarte en eso quiero.

Anar. Dí? *Silv.* Si no lleva dinero
bien podrá allá pasarse.

Anar. Y su talle? *Silv.* Talle, bueno
al darle le trocarán.

Anar. Ay Silvia, que es muy galan!

Silv. Sin dinero, lo condeno.

Anar. De esa fuerte fue ventura
que no le llevase? *Silv.* Sí.

Anar. Silvia, yo no voy en mí;
vamos pues *Silv.* Y bien segura,
que en la Corte, porque calles,
dicen las damas primero,
que comen con el dinero,
pero no con buenos talles. *Vanse.*

Sale Lisardo con la daga desnuda, y Gilote huyendo.

Lis. Vive Dios, que he de acabar
hoy con tu vida, villano.

Gil. Tu la daga para mí?
Señor, oye, escucha, y vamos
con la verdad del suceso.

Lis. Este borracho es atajo,
à donde di me has traído
por xarales y peñascos,
perdidos, y à media noche?

Gil. No hay atajo sin trabajo:
reportate. *Lis.* Vive Dios,
que lo has trazado, villano,
por dormir aquesta noche
como villano en el campo.

Gil. Yo, señor? *Lis.* Tu. *Gil.* Mira bien
que te engañas, porque quando
del primer lugar salimos
pregunté à cierto villano
por el camino, y me dixo,

que à mano derecha un llano
habia, que se atajaba
por él dos leguas, llegamos
al sitio, y aun tu dixiste,
que echase por el atajo,
y fue atajo de seis horas.

Lis. Engañónos el villano.

Gil. Solígate por tu vida,
porque el rocín, de mal año
ha de salir esta noche,
porque esto sucede en Mayo,
y hasta que el alva despierne
no podremos dar un paso.

Lis. Eso es lo que tu desees,
y por eso has procurado
perder el camino. *Gil.* Darle
con el tema: lindo prado,
linda noche, lindo sitio,
sientate, descansa un rato,
y no te dé pesadumbre
el camino, ni el atajo.

Sientanse los dos.

Lis. Qué hará Anarda ahora?

Gil. Anarda?

estará, señor, llorando
tu partida. *Lis.* Y Silvia?

Gil. Se estará dando à los diablos,
pensando que nos volvemos.

Lis. Si te digo verdad, tanto
siento esta partida. *Gil.* Bien.

Lis. Que à no ser flaqueza. *Gil.* Paso,
te volvieras decir quieres.

Lis. Lo mismo. *Gil.* Adelante vamos,
dexa à Anarda por ahora,
que estás muy enamorado,
y à mí, señor, se me acuerda
de la estaca del villano;
pero dexando esto aparte
faco la bota, que à tragos
dicen, que se pasa bien
la vida. *Saca la bota.*

Lis. Lindo borracho.

Gil. Sola una vez he bebido,
mas aunque está puro aguado

me desvanece el sentido;
moro me aprieta los calcos:
bebe tu, señor. *Lis.* Gilote,
quien tuviera tus cuidados.

Gil. Mira, en la Corte una vez
bien de mañana, pasando
por una plaza, salió
de un caxon, roto y descalzo,
un picaro en oracion,
diciendo: Dios soberano,
gracias os doy, pues me hicisteis
hombre sin honra, ni cargo
de tenella: yo me acuesto
sin peligro, ni cuidado
de la envidia, y de la hacienda:
mis tratos, buenos ó malos,
yo los juzgo, sin tener
hijos, muger, ni criados,
parientes, obligaciones.
deudos, ni letras de cambio,
gobiernos y señorios,
rentas, pretension, ni embargos,
pérdidas, navios, robos;
y quando aqui me levanto,
la moza no me recuerda,
diciendo, para recado,
la muger para el vestido,
el hijo para el zapato,
para la casa su dueño,
el mozo por su salario,
el Sastre por las hechuras,
el Doctor de quando en quando;
que es trompeta del juicio,
no habiendo en la casa un quarto:
Gracias os doy, gran señor,
que nunca soy envidiado,
ni envidioso, pues asi,
roto, perdido, descalzo,
como, bebo, rio, juego,
soy amo, padre, criado;
yo me entro por donde quiero,
y si hablo mal, no hablo,
yo conmigo lo murmuro;
y al cabo, señor, al cabo,

no me faltan mis tres cosas,
la taberna para el trago,
la iglesia para enterrarme,
y el hospital por regalo
si enfermo, y si sano' estoy,
el mundo es todo mi rancho;
y así mientras yo viviere,
de rodillas humillado
os pediré, que esta vida
me conserveis muchos años.
Pues lo mismo digo yo,
porque todos tus cuidados
son ignorancia y desvelo,
digalo el segundo trago.

*Quando quiere beber, diga Laura de
adentro con voz dolorosa, que Gi-
lote dexa de beber.*

Laur. Ay de mí, cielos! *Lis.* Qué es esto?

Gil. No lo oíste? el eco vario
y funesto escucha. *Laur.* Cielos,
en lance tan apretado
amparadme! *Lis.* Toda el alma
aquella voz me ha llevado.

Gil. A mí el corazon. *Lis.* Qué tienes?
de que estás alborotado?

Gil. Yo alborotado? *Caesele la bota.*

Lis. Qué es esto?

todo el vino has derramado?
al revés tomas las cosas?

Gil. Yo al revés? estoy turbado;
qué voz es esta, señor?

Lis. Escucha. *Laur.* Cielos sagrados,
socorredme. *Lis.* Del abismo
sale esta voz. *Gil.* No nos vamos?

Lis. Gilote, qué voz es esta?

Gil. Esta voz, fino me engaño,
es de Satanas. *Lis.* Desvia.

Gil. Suelen por estos collados
bramar legiones, y à veces,
que tambien riñen los diablos,
tiranse los montes mismos.

Lis. Los montes? *Gil.* Sí, porque es llano,
que hay puerta aqui del infierno,
yo la he visto. *Lis.* Extraño caso!
el

el miedo tuyo la forma.

Gil. Miedo? *Lis.* Nunca en ti ha faltado.

Laur. Jesús? *Gil.* Alguno ha encontrado con veinte y dos mil diablos, y se queja como ves.

Lis. Ya temes, calla, villano: cielos, qué voz es aquesta, que despues que la he escuchado toda el alma habita en fuego; pues animoso y turbado, imán han sido los ecos, que à mi espíritu bizarro han tenido? qué es aquesto, que de improvís robado mi alvedrio, el corazon se está haciendo mil pedazos en el pecho, padeciendo todo el espíritu asaltos?

qué importa, cielos, qué importa al alma esta voz, que tanto aflige mi pensamiento?

qué influencia de los astros? qué benevolo planeta hirió con el eco vario mi vida? viven los cielos,

que he de salir deste encanto, que quando naturaleza recuerda pechos gallardos, de lo natural deldice,

porque sin duda este amago causa primera le envia para prodigio ò milagro: Gilote? *Gil.* Señor. *Lis.* La vida he de arriesgar. *Gil.* Empezamos?

Lis. En saber este suceso, que la voz, si no me engaño, es de muger. *Gil.* De muger?

Lis. Sí, que el eco es tan templado. *Gil.* Templado? pues di, no hay hombres que estan mal con contrabaxos, y engañan con tipples? *Lis.* No.

Gil. Yo conozco mas de quatro; pero demos que es muger,

qué te importa? *Lis.* Es escusado tu consejo; aguarda, espera, que junto aquele peñasco veo edificio. *Gil.* Es la puerta que te he dicho, treinta diablos la guardan, pero al infierno es poner puertas al campo: mira tu qual anda el mundo, que los diablos han llegado à poner guarda al infierno; tantos son los condenados, que no quieren recibirlos, y como les han vedado la entrada, como mosquitos acuden; mas este engaño le ha trazado, segun dicen, un arbitrista, que es diablo que enreda todo el infierno.

Lis. El miedo ha obrado, y lo blanco.

Gil. Qué dices? *Lis.* Esta, ruina parece. *Gil.* Y es caso llano que lo será de los dos, sin muralla, ni reparo.

Lis. Sin puerta y sin edificio considerable lo hallo, entraré dentro. *Gil.* Yo no, aqui te estoy aguardando.

Lis. A acompañarme no vienes? un Cesar, Gilote, traigo en tu persona. *Gil.* No soy, sino cesa en todos casos.

Entra dentro, y salen por otra puerta Ricardo y Astolfo.

Ric. Entraré por la ruina.

Ast. Justo consejo has tomado, darle la muerte es mejor.

Ric. Aunque la habemos dexado en parte secreta, quiero que muera. *Ast.* Y es bien trazado, porque puede suceder, que algun hombre en este campo oiga la voz. *Ric.* Dices bien.

Gil. Por aqui vienen hablando.

Ric. Ruido siento. *Ast.* Ruido? *Ric.* Sí: quien

quien va? *Gil.* Yo soy desgraciado, ladrones sin duda son.

Ric. Quien va digo? *Ast.* Oyes, Ricardo, muera quien es, que sin duda oyó la voz. *Gil.* Muera? malo.

Ric. No responde? *Gil.* Sí, señor, soy un hombre, que ha llegado aqui perdido. *Ric.* Perdidó?

Gil. Sí, señor, por un atajo, que me ha de costar la vida, y por Dios que siento tanto no hallarme aqui con dinero, que bien sé lo que ha obligado la necesidad infame à los hombres, que si acaso puedo llegarme cien leguas de aqui, prometo enviallo, traello quise decir, que ya sé. *Lis. dent.* Sean los brazos Alcides de vuestra vida.

Ast. No escuchas esto, Ricardo? adentro sin duda hay gentes; perdidos somos.

Sale Lisardo con Laura en brazos.

Gil. Lisardo?

Lis. Ya estoy en puerto seguro.

Laur. Valgame Dios! *Lis.* Del desmayo volved, señora. *Laur.* Señor?

Ric. Caballero, no me espanto, que de la piedad movido, y del dolor lastimado, deste abismo de desdichas, deis puerto seguro y llano à esa muger; mas sabed, que los dos que estais mirando à la poca luz, que el alva arroja, son dos hidalgos, à quien el honor obliga, por un desgraciado caso, à tener esa muger en el lobrejo palacio de esa ruina; y asi con cortesia os rogamos dexeis semejante empresa,

pues donde llega el agravio del honor, lo menos es las vidas, y es caso llano, que se perderán primero que salga de nuestras manos con vida aquefa muger.

Lis. Tened, hidalgos, los pasos, que en las cosas del honor hay ilusiones y engaños. Esta señora es muger, que ailigida y sin amparo la concedió la fortuna que la ayudase este brazo; mas si ella, que está presente, quisiere que yo, llevado de mi natural nobleza, la dexé, tendré por llano, que conoce entre los dos respeto, que la ha obligado à la fuerza del honor, porque en semejantes casos el secreto está en los tres; saber esto solo aguardo.

Laur. Noble caballero, en quien ha puesto el cielo sagrado el amparo de mi vida, esos hombres, que embozados estais mirando, traidores, como lo muestra el engaño, ni los conozco, ni sé quien son, hoy los dos llegaron à la margen de un arroyo, dos leguas de aquefte campo, y vendandome los ojos, en aquefa ruina entrando, amenazando à mi vida, darme la muerte intentaron: Jamas, noble caballero, pude à nadie hacer agravio, pues vivo en la caseria del gran ganadero Octavio, conocido en este Reyno por su nobleza y su trato; no conozco esos traidores,
vuefe

vuestro valor, vuestro amparo
me valga, señor, aquí.

Lif. Pues que lo habeis escuchado
defended vuestras personas.

Gil. Y Gilote está à tu lado.

Lif. Mueran, Gilote.

Metenlos à enchilladas adentro.

Ast. Ay de mi!

Ric. Sea el monte mi sagrado.

Laur. Vayan en tu ayuda los cielos.

Lif. Rinde la espada, villano.

Saque Lisardo à Astolfo preso.

Ast. Rendido estoy à tus pies.

Gil. Graduado está de galgo
su compañero por Dios.

Lif. Atale muy bien las manos,
y en aquel roble que miras,
dexale, Gilote, atado,
y volvamos al castillo
con él, que saber aguardo
quien es, y porque venian
à cometer este agravio.

Gil. Camina, cuerpo de Christo.

Ast. Castigóme el cielo santo.

Laur. La vida, señor, os debo.

Lif. Tanto me habeis obligado,
que fuera un mundo lo mismo.

Gil. Bueno será, que de espacio
nos salgamos al camino,
vaya delante guiando.

Lif. Dices bien, yo vivo cerca,
i reis conmigo, que vamos
à solo que conozcais,
que os quiero dexar en salvo,
y saber de estos traidores
el designio. *Laur.* En vuestras manos
pongo mi honor y mi vida.

Gil. Cerca del camino estamos.

Dent. Silv. Gilote y Lisardo son.

Anar. Qué dices Silvia, Lisardo?
para la carroza, tente. *Alza la voz.*

Gil. La carroza, y tente, malo,
señor? *Lif.* Qué dices? *Gil.* Anarda
y Silvia. *Laur.* Quien es?

Gil. Llegaron
à conoçernos. *Lif.* Qué dices?

Gil. Que te vieron con los diablos.

Lif. Señora, apartaos de aquí,
junto à aquellos olmos blancos
me aguardad, que una muger
à quien quise: estoy turbado!

Gil. Mira que llegan, señor.

Laur. De qué estás alborotado?
mi honor me asegura.

Lif. Es cierto,
mas es el suceso largo,
retiraos por vuestra vida.

Laur. Porque vos gustais lo hago.
Vase, y salen Anarda y Silvia.

Anar. Hoy he de acabar la vida,
dexame, Silvia. *Silv.* Repara.

Anar. Con dama Lisardo, cielos!

Lif. Mi bien, mi señora, Anarda,
vos desta suerte? *Anar.* Ha, traidor!

robador de toda el alma,
falso, atrevido, alevoso,
sin nobleza, ni palabra,
mal caballero, villano,
sin honor, honra, ni fama,
amante vil, novelero,
sin firmeza, ni constancia,
sin verdad y sin amor,
tirano siempre à mis ansias,
ladron sin piedad, ni ley,
cruel, aleve. *Lif.* Ya bastan

tus rigores, di, señora,
por qué de esta suerte tratas
mi lealtad? *Anar.* Bien disimulas,
llevas contigo una dama,
que yo estoy viendo de aquí,
aunque con traza villana
Gilote quiere encubri-la,
vil alcahuete, que trazas
estas cosas en mi ofensa,
y me preguntas la causa?

Lif. Yo dama? mira, señora.

Anar. Que de miraros se ataba
mi amor. *Lif.* Qué dices?

- Anar.* Que hoy muero
al paso de mi desgracia.
- Gil.* Bercebú que la hable ahora.
- Silv.* El bellacon como calla.
- Lif.* Mi bien, señora, repara
del amor zelosas ansias:
aquella muger, que miras,
es una honesta ferrana,
que vive cerca de aqui,
que pretendiendo roballa
unos ladrones. *Anar.* Ladrones?
disfrazada cortefana
es sin duda. *Gil.* Si yo valgo
por testigo. *Anar.* Pues tu tratas,
villano, de hablar aqui?
- Gil.* Digo, que no digo nada.
- Lif.* Que no la he visto en mi vida,
fino ahora. *Gil.* Verdad clara.
- Anar.* Qué no la conoces? *Lif.* No.
- Silv.* Bien puede ser. *Lif.* Eso pasa.
- Anar.* Pues volvamonos sin vella,
que con esto es cosa llana,
que sofegarán mis celos.
- Lif.* No es cortesia à una dama.
- Anar.* Ya tenemos cortesias?
dixisteis que era zagala,
y ahora dama. *Lif.* No es bien,
que si à vella. *Anar.* No, la cara
no has de volver à los olmos,
porque ya sospecha el alma
la verdad deste sucefo.
- Lif.* Si de mi se ampara Anarda,
quieres que la dexé sola?
- Anar.* Pues quando sola quedara.
- Lif.* Como sola? estás en ti?
- Gil.* Esa fuera accion muy baxa.
- Lif.* Quieres que la llame? *Anar.* Qué?
que la llames? toda el alma
se quiere salir del pecho:
ha, traidor! vamos à casa.
- Lif.* Con la ley de caballero
he de cumplir con llevarla.
- Anar.* Como llevarla? qué dices?
- Lif.* Esto que escuchas, Anarda.
- Anar.* Quitaréte yo mil vidas.
- Lif.* No puedo menos. *Gil.* Ya escampa.
- Anar.* Y eso no es amor? *Lif.* Sí es,
pero es amor que no pasa
del honor que à ti te debo.
- Anar.* Iréme yo, pues me tratas
de esta suerte. *Lif.* Lloras? *Anar.* No.
- Lif.* Aunque lagrimas derramas,
que son quanto decir puedo,
en los ojos de una dama,
no podrán quitar de mi,
que yo dexé de amparalla;
mas tu que te vuelves buscas
sin duda alguna mudanza,
y tomas esta ocasion.
- Anar.* Es ya muy vieja esa traza.
- Lif.* Esto es, Anarda, sin duda.
- Anar.* Qué me dexas?
- Lif.* Sí, qué aguardas?
- An.* Ha, cruel! *Lif.* Que ya te entiendo.
- An.* Ha, falso! *Lif.* Ha, mudable ingrata!
- Anar.* Eternamente me veas.
- Lif.* Yo cumpliré tu palabra.
- Anar.* Ni me escribas. *Lif.* Yo lo haré.
- Anar.* Ni me veas. *Lif.* Cosa es llana.
- An.* Ni el pensamiento. *Lif.* Tampoco.
- An.* Se acuerde de mi. *Lif.* No, Anarda,
no se acordará. *Anar.* Si vuelves,
traidor, infame, à mi casa.
- Lif.* Qué no volveré jamas.
- Anar.* Si à Silvia. *Lif.* Cosa escusada,
no veré jamas à Silvia.
- Anar.* Si tu firma aleve y falsa
veo. *Lif.* Que no la verás.
- Anar.* Silvia, qué me abrasa el alma! *ap.*
si estás en Ungria un hora.
- Lif.* Por tu gusto he de ir à España.
- Anar.* Abrasaré tus favores
y tu retrato. *Lif.* Y las cartas
y billetes, que es razon.
- Anar.* Y si los que tienes guardas.
- Lif.* Serán lisonja del viento.
- Anar.* Y si me escribes de España.
- Lif.* Que no verás letra mia.

Anar. Si por terceros me hablas.

Lis. Yo rogarte por terceros?
quieres mas? *Anar.* No.

Lis. Pues qué aguardas?

Anar. Que con estas condiciones,
à Dios. *Lis.* El te guarde, Anarda.

Anar. Vén, Silvia, que voy perdida.

Silv. Sazonada va mi ama. *Vanse.*

Gil. Guardate, Silvia, por Dios,
que va tocada de rabia.

Lis. Se fue, Gilote? *Gil.* Pues no?
iba tan desesperada,
que entiendo ha de ser su muerte.

Lis. Qué mal hice!

Gil. Qué haremos? *Lis.* Vaya
esta dama con nosotros
al castillo. *Gil.* Linda traza:
al castillo? *Lis.* Sí, Gilote,
allí ha de saber Anarda
la verdad deste suceso;
porque aunque me lleva el alma,
esta señora detiene
mi amor: adelante vaya
el traidor, porque con esto
quedará desengañada.

Gil. Por Dios que has quedado buenos
mas. *Lis.* Qué tenemos?

Gil. La estaca
del villano, y la de Silvia,
que es grandísima bellaca.

JORNADA TERCERA.

Salen Anarda y Silvia, y traen à Gilote de los cabellos asido ò arrastrando.

Anar. Morirás, viven los cielos,
si no dices la verdad.

Gil. Yo la diré, tén piedad.

Anar. Nunca la tienen los zelos.

Gil. Pesar de mi, la ocasion
tomaste por el cabello.

Anar. Gilote, yo he de sabello.

Gil. Digo que tienes razon

en quejarte de Lisardo.

Anar. Quien es aquesta muger?

Gil. Dime tu quien puede ser?
su modo honesto y gallardo
no dice que es principal?

Anar. No, traidor, su dama ha sido.

Gil. Que no me aprietes te pido.

Silv. El alcahuete infernal
bien disimula; la vida
ha de dexar. *Gil.* Silvia, tente.

Silv. Ahora el castigo siente?
quien es la dama? *Gil.* Oprimida
mi verdad, qué he de decir?
he de infamar à una dama
contra su opinion y fama?

Anar. Dilo, infame. *Gil.* He de mentir?

Anar. Tira, Silvia. *Gil.* Vive Dios,
que no sé nada. *Anar.* Villano,
di la verdad. *Gil.* Ten la mano,
no he de salir de las dos
con vida, quedito, tente,
que yo diré la verdad,
afloxa, que es necesidad
no remediar tu accidente.
Digo, pues, que mi señor
de secreto quiere bien
à esta muger, y el desden
que usa contigo es rigor,
nacido de no quererte:
es su dama luz y norte,
y la llevaba à la Corte
con intencion de no verte
mas en su vida, y de aquí
falió con aqueste intento.
Descubrióme el pensamiento
solamente para mi:
Yo prometí de callar,
como criado discreto,
mas veo que este secreto
no me debe de importar,
pues el cielo me ha traído
à tus manos; ella es
tu enemiga, y porque estés
de tu Lisardo atrevido

vengada, como muger
de valor, echala luego
del castillo, y ponla fuego,
porque este es mi parecer.
Tienen tres hijos, señora.

Ana. Tres, qué dices? *Gil.* Tres por Dios,
yo vide nacer los dos.

Anar. Y donde estan? *Gil.* En Zamora
está el uno, otro en Turquía.

Anar. En Turquía? *Gil.* Es el mayor,
que lo cautivó Almanzor,
y lo llevó à Berbería.

Yo te he sido muy leal,
y à Lisardo he desviado
deste amor; mas soy criado,
remediar no pude el mal.

Lisardo es un novelero,
un loco, un falso, un taymado,
ha fingido que te ha amado,
no con amor verdadero.

Reconoce mi lealtad,
y pues eres mi señora,
dexame por Dios ahora,
pues te he dicho la verdad.

Silv. Ahora sí. *Anar.* Triste suerte!
ha fingido! que he de hacer?

Silvia, salga esta muger
luego del castillo. *Silv.* Advierte,
que viene Lisardo aquí.

Gil. Jesus, y lo qué he enredado!
hoy muero como criado,
que dixé lo que no ví.

Sale Lisardo.

Lif. Estás ya defengañada,
Anarda hermosa y divina,
de mi amor?

Anar. Qué haya estos hombres
en el mundo! nunca olvidas,
Lisardo, tantos engaños?
Es posible que me digas
si estoy ya defengañada?
ya lo estoy de mi enemiga,
ya lo estoy de tus traiciones,
ya lo estoy de tus mentiras;

llevas la dama de aquí
à la Corte, prevenida
esta traicion por tu pecho,
que siempre à mi mal se aplica;
encargas este secreto

à Gilote, que no diga
tu inconstancia y tu traicion,
y con palabras fingidas
me enamoras y requiebras?

siendo tu infamia tan hija
de tu engaño, que à un criado
le descubres estas mismas
palabras, y él recatado
te aconseja, y te desvia
de mi agravio; y tu, villano,
en tu vileza porñas.

Tienes tres hijos, que el uno
le llevaron à Turquía
cautivo, y otro en Zamora,
y los demas en Ungria.

El me lo ha contado todo,
temiendose de mis iras,
doliendose de mis ansias: :-

Lif. Bella *Anarda,* no profigas:
vén acá, Gilote, tu
has contado estas mentiras?

Gil. Yo, señor? pues tu me tienes
por hombre à mi, que yo había
de contar estos enredos?

Anar. Aquí delante de *Silvia*
dixo ahora esta verdad.

Gil. Nada dixé: negativa. *ap.*

Lif. Yo tres hijos? yo en Zamora
el uno, y otro en Turquía?

Mira, mi bien, que me agravias.

Anar. Por qué no respondes, *Silvia*?

Silv. Qué tengo de responder?

Gilote lo dixo. *Gil.* Mira,
señor, que te vuelven loco.

Anar. Ha, infame, niegas las mismas
palabras que me dixiste?

Gil. Nada dixé: negativa.

Tu dixiste, que esta dama
es de Lisardo querida;

yo te dixé que no era:
tu dixiste, que ella misma
lo mostraba en el semblante;
yo te dixé era fingida
ilusion: tu me dixiste
que no lo era; aqui Silvia
dixo, yo lo sé tambien:
tu dixiste, tira, tira
del cabello, y sin piedad
me dexaste à letra vista
calvo; dixisteme luego,
que todo el caso sabias:
yo te dixé, que à esta dama
Lisardo no conocia,
ni yo tampoco; afloxaste,
porque Lisardo venia:
mira, qué tienen que ver,
si bien el sentido aplicas,
unas razones con otras?
yo no soy hombre de cismas.

Lis. Eso creo yo muy bien.

Sale Laura al paño, y detienese.

Laur. Voces de Anarda y de Silvia
son sin duda, y con Lisardo,
si no me engaña la vista,
y el oido, son; los zelos
de Anarda se precipitan
à semejantes acciones,
peligro corre mi vida,
porque una muger zelosa
es una sierpe de Libia:
salir de aqui me conviene.

Anar. Lisardo, el amor me dicta
que os defengañe, y os ponga
solo en vuestra esfera misma:
parto inutil sois de un monte,
cuyo principio me obliga
à repetir otra vez,
para humillar vuestras iras;
del pecho de vuestra madre
os robaron enemigas
manos, pobre nacimiento
teneis, pues lo mas que obliga
à vuestra nobleza, es

un monte, una caseria,
un arroyo, y quatro fauces,
una cabaña pagiza,
emulacion del palacio,
que da siempre lo que cria.
Quien sois vos, fino un villano
rustico, que de la encina
se alimentó vuestro sér?
Qué profapia y qué hidalguia
podeis alegar, si apenas
se sabe? Si se averigua
que legitimo no sois?
pues naturaleza esquivá,
como cosa desechada,
os arrojó de sí misma
al pecho de una villana,
sin arte, ni policia;
quando el lugar saqueó
mi padre, que estrellas pisa,
robó en vos una alma tosca,
que con el trato pulida
de la crianza, mostró,
como el diamante en la mina,
magestad, mas descubierta
la verdad, piedra fingida,
y sin valor sois ahora,
que ha engañado con la vista,
que acude à su natural
todo quanto el cielo cria.
Idos luego de mi casa,
buscad, Lisardo, acogida
en el monte, y recorred
à vuestra posada antigua;
sabed quien son vuestros padres;
y humillad las fantasias,
que desta suerte se abate
la soberbia y tirania.
Sacad esa muger luego,
no esté en el castillo un dia,
ni una hora, que ella sola
os puede hacer compania.
Esto os dice la que un tiempo
os amó como su vida,
mas trocada de los zelos,

trocó en saña las caricias,
porque vuestro amor conmigo
privaba, mas ya no priva. *Vase.*

Laur. Cielos, qué es lo que escuché!

Gil. Puede hallarse taravilla
mayor, que la de unos zelos?
Poco à poco se deslizan
mis pies de aquí, que mi amo,
aunque calla con la vista,
rayos arroja de fuego,
y si el enredo ò malicia
llega à entender, puede ser,
que le sepa mal la encina
que le dixo Anarda, y venga
poco à poco à mis costillas,
porque en los pagos de veras
todas las gracias son frias.
Bravos enredos he hecho
con Zamora y con Turquía. *Vase.*

Lis. Qué esta mi fortuna sea!

Laur. Lisardo? *Lis.* Laura divina?

Laur. Con quien estás disgustado?

Dura la pasion antigua?

Es Anarda? Toda el alma

entre el gozo y alegria

se quiere salir del pecho:

qué es lo que mis ojos miran! *ap.*

qué ha escuchado el alma, cielos!

El corazon que me avisa!

Lis. Escuchaste à Anarda? *Laur.* Sí.

Lis. Pues qué quieres que te diga?

es muger, y está zelosa,

y claro está que no obliga

à satisfacerse un hombre

de una dama, que ofendida

se juzga en su pensamiento.

Laur. Sabes tu lo que me admira?

tu nacimiento, Lisardo.

Lis. Ay Laura! suerte enemiga

me encubre quien soy; mas yo,

que la magestad altiva

de mi espiritu valiente

tan alta deidad le inspira,

que ella misma se ha juzgado

sin competencia, ni envidia.

Mis altivos pensamientos

son, Laura; ya que me obligas

à decirte mis pasiones,

y à contarte mis desdichas,

hijas del aguila parda;

pues tanto se precipita

el vuelo de mi grandeza,

que en la region mas altiva

al sol le debe los rayos

la vana presuncion mia.

Laur. Luz de quien fuiste no tienes?

Lis. No, Laura; no, Laura mia:

el padre de Anarda fue

rayo en toda Palestina,

General fue deste Reyno,

saqueó, Laura, una villa,

y me truxo por despojo.

Laur. Qué dices? *Lis.* Que esta reliquia

me dexó quando murió,

que yo en el pecho traia.

Este círculo de oro,

en que estan letras escritas,

que nadie puede alcanzar,

sino es quien sabe su enigma:

esto es como digo, Laura.

Laur. Cielos, qué es esto que miran

mis ojos! *Lis.* Qué tienes, Laura?

la color tienes perdida?

de qué te has turbado? lloras?

qué tienes? de qué suspiras?

Laur. Llora de verte, Lisardo.

Lis. No sé que encubierta enigma

tienes parami, que:- *Laur.* Basta

ay Lisardo, no profigas,

yo sé quien eres. *Lis.* Qué dices?

Laur. Que me escuches.

Lis. Tengo asida

el alma de tus palabras.

Laur. Oye pues tu estirpe misma.

Iberio, à quien le llama

Alcides toda Europa, cuya fama

toda Africa venera

gran Duque de Belflor, que hoy en

la esfera

del

del alto firmamento
goza divino y soberano aliento.
Tuvo una hija sola,
en el brio Española,
Romana en la cordura,
Francesa en la hermosura,
Inglesa en ser severa,
Flamenca en el valor, tan verdadera
hija de la fortuna,
que fue desde la cuna,
por decreto del cielo,
cifra de perfecciones en el suelo.
Tal fue su ventura,
q̄ atrás quiso dexar à su hermosura:
mal mi sentido empieza;
quando se vió con dicha la belleza?
A su Estado vinieron
muchos que pretendieron
su belleza, y su mano,
su estado y su hermosura;
lo postrero se tuvo por locura,
que amor, Dios sin segundo,
humilla el interes, y bate el mundo.
Seis años, seis instantes,
que así llaman amantes
los siglos, Isabela
en querer se desvela
al Duque Octavio, ay cielos,
quanto pueden los zelos!
pues el Duque zeloso,
viendo que el ser su esposo
su suerte lo impedia,
trató con ella un dia
de atropellar el modo,
consejo siempre del amor en todo.
Y una noche, que en ella
la mas esquivá estrella
reynaba desde el cielo,
y era fiscal perjudicial del suelo;
Isabela, qué agravio!
aguardaba en Octavio
el nombre de su esposo;
el velo obscuro, el parto tenebroso
de la noche, que horrible,

fiera, obscura y terrible
al mundo se mostraba,
pues Etiopia en ella bostezaba:
Oyó la voz de un hombre,
(aquí es bien te asombre)
pues ciega y atrevida
le tuvo por aliento de su vida,
mas como ciega estaba,
la misma obscuridad la gobernaba:
Con palabra de esposo
el Páris alevoso
triunfó de su hermosura,
siendo la noche su mayor ventura;
mas en aquel instante
el verdadero amante
el palacio violado
pisó mas alterado,
Lisardo, à su enemigo
quiso darle el castigo,
que el caso requeria;
pero la estrella impia
sobre darle el agravio,
dió vida al robador, y muerte à Oc-
tavio.

El palacio se altera,
Isabela no espera
el lance desdichado,
porque sumisma ocasion executado,
apenas, pues, la aurora,
quando el sol enamora
con la luz que delante
le está bebiendo el candido diamante,
al mundo aviso daba
de la llama mayor q̄ la aguardaba,
y ya Isabela media
la cana espuma de la esfera fria,
y en un ave de pino,
velas por alas, y por pluma lino,
tomó puerto en Ungria;
esta tu madre fue, pues desde el dia
de su desgracia, el cielo
por suyo te dotó para consuelo
de su pena, tu madre

fue la Duquesa: mas quica fue tu pa-
sado el cielo lo sabes; (dre
y este caso tan grave
lo sé, porque el secreto,
ò Lifardo discreto,
me declaró Ifabela,
y porque se desvela
tu sentido, pues veo
que se iguala el dolor con el deseo,
fabe que yo:: *Lif.* Detente.

Laur. Sin duda viene gente.

Lif. Gilote alborotado
à quitarme la vida aqui ha llegado.

Sale Gilote temeroso.

Gil. Señor?

Lif. Qué tienes? qué es esto?

Gil. Perdidos somos por Dios.

Lif. Como perdidos? qué dices?

Gil. Grande mal. *Laur.* El corazon
se me ha saltado del pecho.

Lif. Qué hay de nuevo? *Gil.* La mayor
desdicha. *Lif.* Qué, viene Anarda?

Gil. Otra fortuna peor.

Lif. Oye, escucha, dióla a caso
aquel mal de corazon
que suele daller? *Gil.* Que es risa,
nunca tal la sucedió,
no creas en los desmayos,
que son hechizos de amor.

Lif. Desesperóse? *Gil.* Esto es bueno,
no estrenó ningun balcon.

Lif. Han robado los ganados?

Gil. Mayor mal. *Lif.* Como mayor?

Gil. Vamonos luego de aqui.

Lif. Qué hay de nuevo?

Gil. Ahora entró
en el castillo del Rey
un juez pesquisidor
contra nosotros. *Lif.* Pues bien?
es esa la turbacion?
sin duda que por el hombre
que prendimos vienen. *Gil.* Soy
de parecer que la echemos
del castillo. *Lif.* Aquello no.

Gil. Vive Dios, que si la muerte
viniere al castillo hoy,
que no la temiera tanto,
como un juez pesquisidor;
que por Dios que nos ahorque
sin ninguna informacion.

Lif. Estás loco? *Gil.* Yo lo he visto,
y lo han visto mas de dos.

Lif. Pues qué has cometido tu
para tan grande rigor?

Gil. Bueno es eso; es menester
mas que la fama, y la voz,
para sentenciar el juez?

Lif. Laura, este necio quitó
la mayor dicha à mi vida.

Laur. De espacio sabrás quien soy.

Gil. Juez conmigo? justicia
por Gilote? no por Dios,
si yo puedo, no en mis dias,
saldré del castillo hoy. *Vanse.*

Salen Anarda, Rey y Ricardo.

Anar. Digo, señor. *Rey* No os turbeis,
ni tengais à novedad
esta venida, estimad,
Anarda, el caso que veis.
Yo vengo à usar del poder
de mi grandeza, y primero
de vos informarme quiero,
porque pretendo saber
que gente teneis en casa,
porque importa à mi corona.

Anar. A vuestra invicta persona.

Rey. Toda el alma se me abraza. *ap.*

Anar. Quien no dirá la verdad?

Rey. Creed, Anarda divina,
que esta accion tan peregrina
es efecto de piedad:

à honraros vengo, que fue
vuestro padre deudo mio.

Anar. De vuestra grandeza fio,
como tan claro se ve,
merced siempre; mas, señor,
la gente que en casa alcanza
mi favor, es de labranza,

De Don Francisco de Zerate.

gente rustica en rigor:
vive Lisardo conmigo,
con quien pretendo casarme.
Rey. De este pretendo informarme.
Ric. Este es, señor, tu enemigo.
Rey. Quien es? *Anar.* Es un caballero
deudo mio. *Rey.* Yo he sabido,
que anda ahora divertido.
Anar. Que lo sabe el Rey infiero *ap.*
lo de la dama, y aqui
hay ocasion de vengarme;
dél puedo señor quejarme.
Rey. Decidme el suceso à mi,
que pondré remedio en todo.
Anar. Ha traído una muger.
Rey. Eso pretendo saber:
este es mas discreto modo; *ap.*
pues es acaso su dama?
porque será gran locura
ser ingrato à esa hermosura.
Anar. Laura pienso que se llama,
mas es nombre disfrazado,
segun yo tengo entendido;
justicia, señor, te pido,
pues à hacerla habeis llegado
al castillo. *Rey.* Escucha, di,
es su dama? *Anar.* Sí, señor.
Rey. Mal ha pagado tu amor,
Ricardo: no estoy en mi. *ap.*
Ric. No es la Duquesa, señor,
que te engañó tu deseo.
Rey. Ricardo, mi engaño creo.
Ric. Señor, pues ese traidor
dió muerte à Astolfo, mi hermano,
por librar esta muger,
que es su dama. *Rey.* Puede ser.
Ric. Y tengo por caso llano,
segun aqui me informé,
que con ella está casado.
Rey. Y este amor, dime, ha durado
mucho? *Anar.* Segun lo que sé,
tanto, señor, ha durado,
que tiene tres hijos della;
mira pues si mi querella

con justa causa ha llegado
à tus oídos, yo muero
sino remedias mi mal.
Rey. Será muger principal.
Anar. Que estan casados infiero
de secreto, y si es asi,
con mi esperanza perdida
hoy he de perder la vida.
Rey. Dime, quien te dixo à tí
que era su dama? *Anar.* Señor,
Gilote, que es su criado.
Rey. Yo pienso que te ha engañado;
llamale luego: ha rigor
Va Ricardo por Gilote.
de los zelos! yo sabré
remediar, Anarda, hermosa
tu peticion generosa,
remedio en todo pondré:
no digas quien soy.
Salen Silvia, Gilote y Ricardo.
Ric. Aqui
viene Gilote. *Gil.* Yo muero,
à mi qué me quiere el juez?
Ric. Pasad adelante. *Silv.* Necio,
mira bien lo que respondes,
que para testigo pienso
que te llaman. *Gil.* Yo testigo?
Rey. Quien sois? *Gil.* Soy un majadero;
pues desde que vos venisteis
no me he ido à los infiernos.
Rey. Culpado os sentís. *Gil.* Sí, señor,
la culpa de todo tengo,
pues he aguardado este lance.
Rey. Venid acá, que sois entiendo
criado, si de Lisardo.
Gil. Estais engañado en eso,
no le he servido en mi vida.
Rey. Conoceis? *Gil.* Ni le quiero
conocer. *Silv.* Mira, Gilote,
que te pierdes. *Gil.* Si me pierdo
porque digo la verdad
es otra cosa. *Rey.* Yo pienso,
que os han de apretar las cuerdas.
Gil. Mejor será que aflojemos.

A lo que obligan los zelos.

Rey. Escuchadme. *Gil.* Ya escucho, no sé otra cosa os prometo.
Rey. Por vida del Rey que os mande colgar de una almena luego.
Gil. Sin informacion? *Rey.* Sin ella.
Gil. Ya yo lo dixé primero.
Rey. Mirad bien lo que decís, qué dama en vuestro aposento tiene Lisardo? *Gil.* Señor, esto no tiene remedio, vaya de Turquía un poco.
Rey. Qué decís? *Gil.* Decir pretendo la verdad, esa muger, señor juez yo le prometo, que como lo he dicho à Anarda, para apaciguar sus zelos, es cosa vieja en Lisardo, que cosa de seis inviernos ha que se conocen, tienen hijos cosa de trecientos, digo tres, que son los vivos, que no sabemos de cierto quantos son.
Rey. Pues bien, hay mas?
Gil. Está preñada, y sospecho que es en los primeros meses; parió un día de San Pedro de un parto solo tres hijos, y la comadre entendiendo que no le quedaban mas, se fue à su casa, y en tiempo de dos horas arrojó otros tres. *Anar.* Qué es esto, cielos!
Rey. Sabeis vos si estan casados?
Gil. Pues no! conocí à su suegro, y me hallé en la boda.
Rey. Vos?
Gil. Sí, señor. *Silv.* Qué dices, necio?
Gil. La verdad digo, por Dios, yo he callado por sus zelos; empero si el señor juez, debaxo de juramento, me pregunta la verdad, decilla en todo pretendo.

Rey. De donde es esta muger?
Gil. De la Ciudad de Palermo.
Rey. De allá la truxo Lisardo?
Gil. Sí, señor.
Anar. Pues di, embustero, ha estado Lisardo allá?
Gil. No, mas este casamiento se hizo por un retrato.
Rey. Como? *Gil.* Como? escuche atento. Hubo en el castillo un hombre, que se llamaba Terencio, era magico, y Lisardo estudió esta ciencia un tiempo: Este, como era hermano de esta muger, vino à verlo un hermano del sobrino del padre, llamado Celio: Este tal truxo una hermana, parecida en rostro y cuerpo al Cura, vióla Lisardo, enamoróse, y al tiempo mejor, el padre del tio de la tal muger, sabiendo estos amores, quitó con la ausencia su amor ciego. Hallóse solo Lisardo, y como viese Terencio su disgusto, hizo al cuñado de su aguela, que era deudo de su tia, que pintase el rostro divino y bello de su hermana; este lo hizo con tan admirable ingenio, que dió la vida à Lisardo. Fue por ella el bisabuelo, del padrastro de la tia, truxola, que era hechicero, en menos de seis instantes, de la Ciudad de Palermo. Celebraronse las bodas, hallandose alli Terencio, la tia, el cuñado, Laura, el abuelo, el bisabuelo, el padrastro, la muger

primera, el sobrino, y Celio,
y yo, que fuimos testigos
del tratado casamiento.

Anar. Hoy se acabó mi esperanza!
hoy murieron mis deseos!

Rey. Ricardo? *Ric.* Señor?

Rey. Prended

à Gilote, que deseo
averiguar mas el caso,
y traedme aqui al momento
à Lisardo. *Anar.* Muerta soy,
loca me llevan mis zelos. *Vase.*

Gil. Si te he dicho la verdad,
por qué, di, me llevan preso?

Rey. Por solo que la dixiste.

Gil. Pues oye, que son enredos
quantos he dicho. *Rey.* Ya es tarde,
Ricardo, llevadle preso:
quanto este ha dicho es mentira,
que con el temor y el miedo
dixo cien mil disparates,
y segun lo que aqui veo
se han engañado los ojos
de Ricardo, aquesto es cierto. *Vansf.*

Queda el Rey solo, y sale Lisardo.

Rey. Este sin duda es Lisardo.

Lis. Guardeos, caballero, el cielo.

Rey. El mismo os guarde. *Lis.* Sí hará:

Tomaré primero asiento
para escucharos de espacio;
que sois del Rey me dixeron
un juez, y que al castillo
venis contra mi. *Rey.* Sospecho
que sabeis à que he venido.

Lis. Saberlo por Dios deseo,
porque desde que venistes
está el castillo revuelto,
y no se sabe la causa,
y como lealtad profesó,
y me precio de hombre honrado,
que me ha pesado os prometo.

Rey. Yo os vengo à prender, Lisardo,
con orden del Rey, y quiero,
aunque es contra mi opinion,

declararos el secreto.

Lis. A prenderme à mi? por qué?

Rey. Porque habeis un hombre muerto
en el campo, y por tener
en este castillo mesmo
una muger, que es la causa
de esta muerte.

Lis. Yo? *Rey.* Sí, y vengo
à averiguar esta causa
con tal notable secreto,
como lo requiere el caso;
mas de una cosa os advierto,
y es, que os importa la vida,
decirme, Lisardo, luego
quien es aquesta muger,
porque han llegado los zelos
de Anarda à oidos del Rey,
y estos cargos son tan feos,
que manchan vuestra lealtad,
y acreditan vuestros yerros.
Si con ella estais casado,
diciendo su nacimiento,
su calidad y su patria,
vendrá à ser nada este pleito.
Estos vuestros cargos son.

Lis. Responder à todos quiero:
niego la muerte del hombre,
el estar casado niego,
que solo à Anarda he rendido
mis altivos pensamientos.
Esa muger que decis,
ni yo sé su nacimiento,
ni sé quien es, porque solo,
como noble caballero,
la libré de dos traidores,
que descubriré à su tiempo.
Anarda, muger en fin
que quiere bien, con sus zelos
os habrá informado mal;
esto es quanto decir puedo.

Rey. Pues ya os he dicho que estriba
la substancia deste pleito
en que me digais quien es
esta muger. *Lis.* A saberlo

A lo que obligan los zelos.

os lo dixera, por Dios.
Rey. Eso solo os lleva preso.
Lis. Y quien me ha de prender? *Rey.* Yo.
Lis. Vos, quien sois? *Rey.* Un caballero,
à quien dió el Rey esta orden.
Lis. No veremos el decreto?
Rey. Díomele el Rey de palabra.
Lis. Os creistes de ligero;
toda la guarda del Rey
sin firma fuera lo mesmo,
que persona como yo,
quando se llevára preso,
era poca esfera un hombre;
anduvistes indiscreto,
muy bien os podéis volver.
Rey. El valor os agradezco,
que os he cobrado aficion,
pero yo por mi merezco
este cargo. *Lis.* Decis bien,
mas es con otro sugeto.
Rey. Sois mas que un hidalgo noble?
Lis. Soy mas de lo que parezco.
Rey. Quien sois? *Lis.* Yo mismo.
Rey. Valor ap.
tiene el hombre, vive el cielo;
quanta colera traia
se me ha quitado con verlo.
Dadme, Lisardo, la espada,
que como amigo os lo ruego.
Lis. Del Rey abaxo à ninguno
la daré; viven los cielos.
Rey. Ni al Capitan de la guarda?
Lis. Ni al Capitan.
Rey. Ni à Florencio?
Lis. Ni à Florencio. *Rey.* Ni à Ricardo,
el valido deste Reyno?
Lis. Menos à Ricardo. *Rey.* En fin
à solo el Rey decir puedo
que no la habeis de rendir?
Lis. Tenedlo, hidalgo, por cierto.
Rey. Pues mirad que soy el Rey.
Lis. El Rey?
Rey. Sí, y sois un soberbio,
un atrevido, un villano,

cuya soberbia pretendo
castigar. *Lis.* A vuestros pies
teneis, è Monarca excelfo,
mi espada y vida. *Rey.* Yo sé
que sabré lo que deseo,
quitandoos à vos la vida;
y porque sepais que puedo
sin prenderos castigaros,
traed, Lisardo, al momento
esa muger; retirao.

Lis. Cumplir vuestro mandamiento
es ley en mi. Vase.

Rey. Vive Dios,
que aunque pretendo los zelos
disfumar, que me abraço,
ella viene; el pensamiento
he de executar mejor,
decirla quien es pretendo:
Gran Duquesa de Belflor?

Sale Laura.

Laur. Ay de mil *Rey.* De vano efecto
será encubrirnos de mi,
yo sé quien sois. *Laur.* Caballero,
mirad bien lo que decis.

Rey. Isabela sois, è Iberio
fue vuestro padre, advertid
que soy. *Laur.* Qué es aquesto, cielos?
Rey. El Rey de Ungria. *Laur.* Ay de mil
qué escucho? el Rey?

Rey. Yo sospecho
que os he visto otra vez.

Laur. Bien
presumis. *Rey.* Octavio entiendo
que os tuvo en su compañía.

Laur. No sois vos à quien los cielos
libraron de una borrasca?

Rey. No profigais, soy el mesmo,
no me descubri con vos,
porque importaba el secreto:
Con el Rey estais hablando,
yo sé bien todo el suceso
de Sicilia. *Laur.* Gran señor.

Rey. Escuchad, qué caballero
es este con quien venisteis,

que

De Don Francisco de Zerate.

que imagino es vuestro deudo?
Lisardo se llama, y tanto
sentiré que lo sea vuestro,
como lo requiere el caso,
porque en él hacer pretendo
un castigo, no os turbeis,
que sirva à todos de exemplos;
importa que me digais
si es de noble nacimiento,
porque muera como noble.

Laur. Qué muera, señor?

Rey. Qué es esto? *ap.*
mucho siente esta muger,
ciertos mis rezelos fueron,
calla de Isabela el nombre,
la Duquesa es esta, cielos;
sua duda que estan casados
los dos, la colera entiendo
que ha de decir mi passion,
pero morirán primero
los dos. Laur. Pues por qué, señor;
toda me ha cubierto un yelo; *ap.*
merece muerte Lisardo?

Rey. Porque es traidor quando menos.

Laur. Traidor, señor? Rey. Laura sí:
yo solo à prenderlo vengo,
mirad si es grave el delito?
Llorando está; vive el cielo *ap.*
que ha de ser Troya el castillo.

Laur. Pues, señor, quitad primero
mi vida.

Rey. La vuestra? Laur. Sí,
echó mi desdicha el fello.

Rey. Tanto os importa Lisardo?

Laur. Tanto su vida deseo,
que para quitar, señor,
la fuya. Rey. De espacio zelos. *ap.*

Laur. Habis de empezar por mi
à manchar el limpio acero.

Rey. Es prenda vuestra?

Laur. Es, señor: :-

Rey. Da priesa, Laura, que espero
con cuidado la verdad.

Laur. Mi hijo.

Rey. Quien? hijo vuestro?

Laur. No os dixo Octavio mi historia?

Rey. De quien fois à saber vengo.

Laur. Pues si lo sabeis, señor,
Lisardo es mi hijo. *Sale Ricardo.*

Rey. Sueño?

Ricardo? Ric. Señor.

Rey. Traed

aqui à mi presencia luego
quantos hay en el castillo.

Laur. Ay de mi! qué escucho, cielos!

Rey. Vuestro hijo? Laur. Gran señor,
las rodillas por el suelo,
os pido, como muger
desdichada, que primero
que deis la muerte à Lisardo.

Rey. O qué mal sabeis mi intento,
alzado del suelo, Duquesa:
vuestro hijo es este? Laur. Entiendo,
que anduve mal en decillo,
mas ya no tiene remedio:
Lisardo es, señor, mi hijo.

Rey. Loco me tiene el contento; *ap.*
sabe Lisardo quien fois?

Laur. No, señor. Rey. Hacer deseo
mas dilatado el placer.

Salen todos.

Gil. Juez es el Rey, ya no tengo
redencion, él nos ahorca.

Rey. Lisardo? Lis. Señor.

Rey. Los zelos

de Anarda fueron bastantes
à dar luz à mis intentos;
yo me resuelvo à llevaros,
como ya os he dicho, preso,
porque à quien distes la muerte
era el mejor caballero
de mi casa. Anar. Loca estoy,
de todo la culpa tengo.

Silv. Ay señora, por tu causa
llevan à Lisardo preso.

Anar. Yo moriré. Gil. Mira, Silvia,
à lo que obligan los zelos.

Lis. Gran señor, vos no decís,

que

A lo que obligan los zelos.

que con solo el nacimiento
de Laura me dais por libre?

Rey. Ese es solo mi deseo.

Lis. Pues quien mejor lo dirá,
que el homicida soberbio,
que es el hombre que decís?

Gil. Silvia, qué enredos son estos?
Sale Astolfo.

Rey. Qué es lo que mis ojos ven?
Astolfo? *Ast.* Señor.

Rey. Qué es esto?

Ric. Mi hermano aqui? muerto soy!

Lis. Este, señor, truxe preso,
porque en el campo con otro
darle la muerte quisieron
à Laura, llegué al instante,
saqué, señor, el acero,
y libré à Laura del daño.

Ast. Ya que los cielos quisieron
por camino tan extraño
dar luz à nuestros intentos,
yo, y mi hermano, gran señor,
por la ambicion deste Reyno,
à la Duquesa quisimos
dar muerte; mas quiso el cielo,
por la mano deste hidalgo,
focorrella; vine preso,
gran señor, à este castillo,
donde el delito confieso.

Rey. Ricardo? *Ric.* Señor, la vida
solo puede à tantos yerros
satisfacer: la Duquesa.

Lis. Qué Duquesa, que no entiendo
vuestro designio, si es Laura?

Rey. Lisardo, no esteis suspenso,
la Duquesa de Belflor
es Laura. *Lis.* Laura? qué es esto?
esa señora me ha dicho

à mi Laura con secreto,
que es mi madre. *Rey.* Basta ya,
que el corazon en el pecho
no cabe ya de alegria:
Lisardo, la que estais viendo
es vuestra madre, y yo soy
su esposo.

Laur. Mi esposo, cielos!

Rey. Conoceis, Laura, este anillo?

Laur. Si no me engaña el deseo
este me faltó la noche :-

Rey. No profigais, soy el mesmo
que gozó vuestra hermosura
con el nombre de otro dueño.
Vuestro esposo soy Duquesa,
y vos, Lisardo discreto,
mi hijo; y pues ha querido
por este camino el cielo
descubrir tantos engaños,
dadle la mano al momento
à Anarda, pues por tener
ella, y yo tan justos zelos,
se ha descubierto esta historia;
à pesar de tanto enredo;
pero Ricardo y Astolfo
salgan desterrados luego,
si à vos os parece bien,
Lisardo, de todo el Reyno.

Lis. Esta es mi mano. *Anar.* La mia
con el alma. *Gil.* Silvia, es esto
algo que toque à Turquía?

Silv. No, que quanto ves es cierto,
y no mentiras y embustes,
como de tu calvatuerno.

Gil. Pues si es así, con mi mano,
que tambien te la doy, demos
fin à la Comedia, Silvia,
de à lo que obligan los zelos.

FIN.

Cón. Licencia. BARCELONA: POR FRANCISCO SURIA Y BURGADA, IMPRESOR,
calle de la Paja.

A costas de la Compañia.